

Mariano Latorre

Trilogía Forestal (1)

I. LAS PALMAS.—II. LOS ALERCES.—III. LOS PEHUENES



LAS palmas de la cordillera de la costa chilena, cuyo fuste esbelto corona un penacho de graciosas ramas, son las únicas que en la tierra destilan miel o por lo menos de tan delicioso sabor y consistencia.

Si la savia cristalina (no es más clara el agua de un manantial) de las palmas machos y hembras se cuaja en jugos espesos y azucarados, la palma hembra, más generosa, germina en la época propicia en miles de coquitos, metidos como polluelos en el cascarón, dentro de una enorme bolsa coriácea que se abre un mediodía cualquiera y cuelga en apretados racimos de frutos.

He oído que de la carne nívea de los cocos, los

(1) Publicamos la primera parte de esta primera trilogía poética del autor de «Cuna de Cóndores». Las siguientes que se titulan «Los Alerces» y «Los Pehuenes», las publicaremos en otro número.

únicos del mundo, se fabrica la escarcha azucarada con que se envuelven las frutas y bombones confitados.

Aun se les conoce en la costa del Pacífico con el nombre de cocos chilenos y asegura Vicuña Mackenna que en Valparaíso, durante la época de la cosecha, se cargaban veleros con el producto de las palmas chilenas para llevarlos a otros países.

Así, Valparaíso, puerto del lejano sur, enviaba un mensaje tropical, exótico y sorprendente, a los puertos del norte de América.

El número de palmeras debió ser muy abundante en la época de la Conquista y de la Colonia, según el testimonio de los cronistas, pero desde que los españoles descubrieron el secreto de su sangre vegetal destruyeron las palmerías hasta agotarlas casi.

Extraían la savia mediante una incisión en la corteza como lo hacen hoy en los siringales con el árbol de la goma, y los cocos los volteaban a lazo como si se tratara de derribar un animal arisco.

El árbol permanecía erguido con la apariencia de la vida, pero una muerte lenta corroía su corazón. Tornábanse amarillos los abanicos de sus ramas y el tronco cilíndrico, anillado y lustroso como la piel de una serpiente, iba convirtiéndose en un polvo color de tierra hasta que una ráfaga del norte lo tumbaba sobre la montaña.

En los pequeños valles abruptos de la cordillera de la costa, en rincones abrigados, se levanta la palmera indígena, dando al rincón donde crece, la apariencia

de climas más cálidos y predominando con la alterosidad de su tronco y el quitasol sonoro de su copa, sobre el boldo aparragado, el alegre maitén o el recio roble costeño.

Donde están las palmeras, el típico bosque indígena pierde su carácter. Ella son las reinas del paisaje, el motivo del viento y la atracción de los pájaros zahareños del monte.

¿Por qué vive este árbol del trópico en las frías tierras de Chile?

Porque es hermana de la palma regia y de las innumerables palmeras que decoran con su muros de penachos agrestes las islas del mar del sur y las de las Antillas.

No han encontrado, que yo sepa, los botánicos, la cuna de éstas palmeras criollas.

Su origen ha de ser prehistórico y en épocas de climas más cálidos que el actual de nuestro territorio.

¿Es Chile el borde de un continente hundido, según la hipótesis de Reclus, y de un continente tropical?

En este caso, la palmera será lo que los botánicos y geólogos llaman un relictus o traduciéndolo a un lenguaje más cercano a nosotros, los restos evolucionados, de acuerdo con el clima y los trastornos geológicos, de una gigantesca palmera de tiempos prehistóricos, como el choro de nuestra costa es el descendiente pigmeo de un molusco gigantesco.

Milagrosa supervivencia, debida a desconocidas virtudes de la tierra y del aire, horno de cerros, háli-

tos de mareas, que limitaron su existencia a rincones de la cordillera de la costa desde Coquimbo hasta los valles del Maule.

Según he oído, hay palmeras de este tipo en el Perú y en Colombia y los habrá en California, a donde llevaron los cocos los alucinados argonautas del oro en 1851.

Extraordinaria ha sido la vitalidad de las palmas de Chile para defenderse en sus rincones del cambio de los siglos y de la tragedia geológica de la prehistoria. Se ve en la forma como resguarda sus semillas en una canoa de coriáceo vigor, libre de cambios atmosféricos y tan resistente como los cueros surtidos de cabro o de vacuno. Por eso, los campesinos que viven cerca de las palmerías, los utilizan en los mismos menesteres que esos cueros.

Hasta la época del calor, crecen y se desarrollan los frutos, protegidos bajo esa túnica color de tierra gredoso; y de improviso, como si un tiro de fusil conmoviera la serranía, se abren sus valvas y cae el arracimado montón de cocos, sujeto aun a la palma madre como un cordón umbelical.

Apretado de cuentas oscuras y sólidas y alargado en el extremo, da la impresión de esos pelotones de abejas, parados en la rama de un árbol, en sus emigraciones anuales.

Tan dura es la fibra que sujeta los racimos de cocos al árbol, que los campesinos lo derribaban a lazo o subían hasta el seno de la palma, clavándole las es-

pueblas en el tronco, como si se tratara de un caballo mañoso.

Cuando la primavera verdea las lomas y los pájaros trinan alegres y cuando las nubes son llevadas por el sur hacia las cordilleras lejanas y los robles se visten con una túnica de hojas tintineantes, también revive la palmera, empieza a circular su rica savia y se tornan elásticas y elegantes las aspas paralelas de su copa gigantesca.

En los inviernos, es inútil su beneficiamiento. La savia se recoge como la sangre aterida. Hosco, el árbol parece enflaquecer y mustiarse hasta que, de nuevo, el calor hincha el pecho de los pájaros, hace estallar las yemas en los árboles y envuelve en una gasa luminosa el aire rejuvenecido.

Pero entonces, nada hay más decorativo que el penacho de curvadas ramas y los troncos esbeltos y alargados, como las columnas de un templo antiguo, donde la luz, quebrándose entre las varillas de las pencas, ilumina la lisa opacidad de los troncos.

El maravilloso equilibrio de la copa tiene, al mismo tiempo, algo de musical y de frágil.

Bastará el más leve soplo de aire para que todas las ramas resuenen como cuerdas y si el viento arrecia, es una sinfonía la que recorre la palmería en largas fugas musicales.

Si el follaje de los robles murmura como un argentino correr de aguas, si los álamos remedan el crescendo de la marea, la palma toca sus platillos

indígenas, acompañando, entonada, la sinfonía del sur que recorre como un director de orquesta los instrumentos vegetales del monte.

Las palmerías de Ocoa, cerca de Valparaíso, las palmas de Pedehua, no muy lejos de Santiago, las célebres de Cocalán, a alguna distancia de Rancagua y grupos aislados de Alhué, en la provincia de Maule y en la de Coquimbo, escondidos en las gargantas y rincones de la cordillera de la costa, me han sugerido siempre la idea de esas comunidades indias que aun persisten, mezcladas con los inquilinos de la región, en muchos valles del centro de Chile.

Al huaso que, a lazo o con espuelas, cosechaba los cocos en la estación propicia, han sucedido los industriales que las explotaron y las explotan hasta agotarlas, destruyendo el árbol. Y si entonces se apuñaaleaba al tronco y se le sangraba metódicamente, hoy se corta al árbol casi en su raíz y derribada sobre un terreno en declive, se la deja gotear en las horas de luz por su cogollo o palmito sobre una batea o un tarro especial.

Lágrimas cristalinas se detienen sobre la carnosa fibrosidad del palmito y caen a la vasija. Así sangran, como inmensos brazos cortados a cercén y si los jugos se detienen al coagularse, el palmero encargado de esa palma en un cuartel, cortará las blandas fibras con un

afilado cuchillo para que vuelva a aparecer en el borde tierno, la clara maravilla de la savia.

Si hay espectáculo que asombre al que lo contempla por primera vez, será éste de los palmares de la cordillera de la coata.

Se deja el valle central y la fecunda simetría de sus potreros y sembrados. Empiezan los primeros faldeos de la cordillera de la costa. Carros bajos y de redondeados perfiles cierran el horizonte. A cada rato, de la tierra gredosa y áspera surgen las manos esqueléticas de los espinos y los quiscos señalan al cielo con sus índices espinudos.

Se abren valles de prodigiosa fertilidad, tan densos de verduras, de chacra y de trigales que semejan inmensos lagos de aguas estancadas, para subir a cumbres desoladas, donde vive el viento y se pasean nieblas ariscas, hermanas de las nubes, perforada por el vuelo de flecha de los aguiluchos y otrora el de los cóndores, hoy desterrados a las altas cumbres.

La tradición conserva el recuerdo de las buitreras abruptas y la toponimia la huella de su paso por los cerros.

P u m a n q u e (muchos cóndores); **M a n q u e h u e** (lugar de cóndores); **M a n g a r r a l** (cerros de los cóndores).

Súbitamente, el horizonte habitual ha cambiado de decoración. No son los espinos ni los quillayes, ni los litres ni los boldos.

Es un prodigioso mar de penachos, graciosamente

curvados sobre inmensa cantidad de troncos rectos que hacen pensar en un país de prodigio, puesto delante de nosotros por el milagro de una alucinación.

Se piensa en el trópico, no sólo por los penachos de las palmeras, sino porque los palmeros o campesinos dedicados a cuidarlas y a explotarlas, se construyen sus chozas con pencas secas de las mismas palmeras sacrificadas y cuyos blancos delantales y cobrizas facciones evocan la manigua y los negros esclavos de los ingenios de Cuba y de Venezuela.

El que llega de visita a la palmería no distinguirá la personalidad que individualiza cada ejemplar, como no podrá personalizar a la anónima muchedumbre de huasos que, en un día de fiesta, trilla o procesión, se reúne en las cercanías de una iglesia o de la casa de un fundo.

Pero el que ha vivido en las cercanías y ha tomado contacto con el pueblo altivo y solitario de las palmeras, sabrá distinguirlos y conocerlos en todos sus detalles individuales.

Desde luego, en una hondonada y sobresaliendo por encima de las otras palmas, a causa de la alterosidad de su copa, se alza «La capitana», reina de la palmería.

El penacho, regular como una bóveda de ramas reticuladas, es tan alto que resulta pequeño para la interminable longitud del tronco.

Y se recorta, no sobre el fondo pardo de un cerro, sino en la anchura infinita del aire.

Un grupo de seis palmeras parece conversar familiarmente, cuando el viento que entra por el desfiladero, especie de puerta que da acceso al mundo de las palmerías, mueve la red simétrica de sus ramas.

Siseo interminable que recuerda la charla de un grupo de comadres campesinas, comentando los chismes y sucedidos del mundo que las rodea.

Cuentan, quizá, el extraño aislamiento de la palma macho, separada de las demás, en la falda de una loma y casi confundida con la obscura vegetación del cerro. Sólo su penacho rayado y redondo la denuncia sobre los litres y boldos que la acompañan.

Añora triste, en argentina quejumbre, la ausencia de la compañera que él vió derribar un día de verano y luego morir desangrada, goteando en la pequeña vasija de greda.

Sin ella, su vida es estéril y su polen se desparra-
ma impotente sobre los otros árboles que la rodean.

Porque, según la ingenua aseveración del padre Ovalle, estas palmeras nuestras «tienen una propiedad muy notable y es que ninguna de ellas da frutos sino a la vista de otras; de manera que si acontece nacer una sola sin compañera, aunque sea muy grande y gruesa, no llega jamás a dar fruto, mientras no nace otra junto a ella; y aunque sea muy pequeña, da luego fruto la grande y la segunda lo da a su tiempo, cuando ha crecido».

Y comentando al Padre Ovalle, agrega Vicuña Mackenna:

«Por esto, y sin malicia alguna de nuestra parte, en obsequio del espíritu eminentemente práctico de los jesuitas, que nunca descuidaban aquella sabia y prolífica lección de experiencia y como lo habrán observado invariablemente los que han visitado alguna vez sus antiguas y venerables moradas, plantaban las palmas siempre de a pares, macho y hembra».

En la palmería de Cocalán, que es la que yo conozco, a algunas leguas del ramal de Pelequén a Las Cabras, he visto dos palmas alejadas de sus congéneres del valle, en un rincón de cerros, que producían toda la impresión de una pareja de recién casados, pasando la luna de miel, nunca más exacta que en este caso, sin más testigos que los aguilucho y las cullucas de los cerros.

Y en una ceja del monte, protegida del viento norte, el enemigo invernal de tantos siglos, por el pétreo muro, observamos una palma rechoncha, cuyo tronco se torcía en enormes tolondrones leñosos y cuyo penacho, tal vez una cabeza medio calva, sólo tenía un mechón de ramillas raquílicas, alargadas en la dirección del viento.

Daba la impresión de una viejecita solitaria que resistía al tiempo, olvidada del hombre y del tiempo mismo.

La llaman en la palmería, de acuerdo con la costumbre de los campos chilenos de preferir lo particular a lo general, el mote al nombre genérico, «La palma chueca».

Pero como todo en la vida tiene sus compensaciones, en la base carcomida del tronco unas abejas aventureras llegaron un día y el enjambre chorreó de miel olorosa la envejecida base de «La palma chueca», como si la miel silvestre, elaborada por las abejas, se uniese en el secreto de su existencia, con la savia que el árbol acendra en sus entrañas vegetales.

Junto a la selva de columnas y a la bóveda de penachos resonantes que recuerdan, no sólo materialmente, un enorme templo de primitivos dioses olvidados, como una atmósfera impalpable, pero real, el ingenuo sentido poético del campesino que vive una parte del año de ellas y para ellas, ha hecho nacer un mundo de símbolos y misteriosas supersticiones regionales.

Cuenta Vicuña Mackenna, que a principios del siglo XIX, en las cercanías del Domingo de Ramos, los dueños de fundos, donde había palmeras, doblaban la vigilancia para impedir que los místicos expoliadores, ésta es su expresión) robasen la concha a las palmas, las ramas de su penacho, para adornar la iglesia y capillas en la Semana Santa y así las palmerías de Ocoa surtían de conchas a los devotos de Valparaíso, como las de Pedegua a Santiago y las de Cocalán a Rancagua y San Fernando.

El trabajo de voltear la palmera y cuidarla después para elaborar la miel, es algo que se ha convertido en

un ejercicio casi religioso y en santos laicos los palmeros que se dedican a estas labores.

Los bueyes cebados, los perros vagabundos del campo y sobre todo las astutas chillas de los cerros, cuando descubren la dulce frescura de la savia, se acercan a lamer el cogollo o palmito y basta el lengüetazo de estos animales para que las fibras se cierren y la palma deje de exprimir su cristalino y valioso corazón.

Se pierde, entonces, todo el esfuerzo gastado en voltearla y la posibilidad de líquido que se había presupuestado para ella.

De ahí que el palmero, encargado del cuartel (25 palmas), recorra constantemente, con su lazo al hombro, por si lo necesita, tarde y mañana, tiempo en que la palma se desangra con mayor abundancia, los faldeos en que los gigantes yacen heridos y maltrechos.

El palmero se convierte en un hombre sobrio y solitario y esto ha hecho que el campesino dedicado a cuidar los cuarteles en la palmería, donde se explota la miel, adquiera una psicología especial y característica, por lo menos en la época de la destilación de las palmas.

Le está estrictamente prohibido bajar al pueblo y sus víveres y su salario los recibe sólo al terminar la época de la cosecha, a fines del otoño.

El aislamiento los encierra en un muro infranqueable de silencio.

Al correr, con ágiles pasos, por los quebrados lomajes con sus blancos delantales y su lazo al hombro,

o cuando revuelven los grandes fondos, donde la savia espesa y blanca de las palmeras se va tornando en el líquido moreno que se conoce con el nombre de miel de palma, semejan rústicas apariciones, creadas por la mitología serrana. Y el aventador, en las manos quemadas de los palmeros, es algo así como un diabólico tridente.

La mujer está alejada de estas faenas, porque, a través de la tradición, subsiste la idea de que la proximidad del sexo femenino seca las palmeras.

La palma, en el antropomorfismo primitivo del hombre de los cerros, es como una hembra celosa y vengativa, que no permite rivales y se venga en la única forma que se pueden vengar los árboles: cegando el tesoro de su valiosa savia.

Pero esta superstición, hecha carne y sangre de la palmería, y del campo entero, bastará para que las hijas de los inquilinos se aproximen insidiosamente a las palmerías y rondan los lugares, donde ellas saben que los palmeros han de pasar, en el eterno deseo femenino de vencer a las rivales vegetales en la lucha sexual.

En muchos casos, el palmero enamorado descuidará su cuartel y entonces el capataz encargado de la explotación, sin gran esfuerzo sabrá que una mujer cualquiera se ha acercado al sagrado templo de las palmeras, y el hombre o renunciará a su selvático idilio o se irá de la palmería, conquistado por la vida normal de los campos.

Y en su aislado tronco de los cerros, la palmera, vencedora o despreciada, tendrá toda la enigmática eternidad del símbolo.

Ni los pájaros se acercarán a ella, porque no pueden hacer sus nidos en las aristas ásperas de su copa, ni pararse a descansar en los movibles abanicos. Y los cocos, celosamente encerrados en su estuche leñoso, resistirán a la voracidad de zorzales, tordos y tencas.

Sólo el agudo dientecillo de los ratones, caídos los frutos en la tierra cubierta de hojas, será capaz de abrir un agujero y devorar la sabrosa pulpa color de nieve, tan cuidadosamente guardada en su caparazón de acero.

Aun más crecerá el halo de misterio que la rodea, pues la vibrátil sensibilidad de sus hojas apergaminadas dará, antes de que el temporal toque a los cerros, el anuncio de su invasión, con un imperceptible y cristalino estremecimiento de sus fibras.

O bien, si a un descuido cualquiera del hachero, la palma que va a caer pierde el equilibrio, como un rodillo gigantesco, como un bloque de cerro que se desgajara, correrá por el declive, y chozas y árboles y animales y hombres serán cogidos por el torbellino devastador de la palmera sacrificada.